

## Cuentos sugeridos para la época de pentecostés



### Para niños pequeños menores de 4 años

- ★ El caracol que quería buscar el sol
- ★ El girasol
- ★ Los músicos de Bremen
- ★ La gallinita roja y el grano de trigo

### Para los más grandecitos mayores de 4 años

- ★ Las tres naranjas
- ★ cuento de pentecostés
- ★ La cenicienta

EL CARACOL QUE QUERÍA BUSCAR EL SOL  
Cuento catalán, recopilado por Joan Amadeus

*Había una vez  
Un pequeño caracol  
Que quería conocer  
El lugar por el que salía el sol*

Y camina que caminarás, no descansó en siete días y siete noches. Aún no lo había encontrado, pero se paró, porque le empezó a dar un dolor muy fuerte en la barriga. Vio una col y quiso coger una hoja para hacerse una sopita que aliviaría el dolor. Y tira que tirarás, no la pudo arrancar.

Con estas pasó un ESCARABAJO y le dijo: - ¿Qué haces caracol?

- Quiero arrancar esta hoja de col, pues he pillado un buen dolor, yendo a ver por dónde sale el sol.

- Como veo que sólo no puedes, yo te ayudaré.

Y el escarabajo agarró al caracol y tira que te tirarás, pero a pesar del esfuerzo la hoja no se movió.

Con estas pasó una RANA ¿Qué hacéis aquí tan ajetreados?

Y el escarabajo respondió: -Quiero ayudar al caracol a arrancar la hoja de col, pues ha pillado un buen dolor al ir a ver por dónde sale el sol.

La rana respondió: -Como veo que solo no podéis, yo os ayudaré.

Y la rana agarró al escarabajo, el escarabajo agarró al caracol, y los tres, tira que te tirarás, tira que te tirarás y la hoja no se quería soltar.

Con este paso un SAPO y dijo: -¿Qué hacéis tan ajetreados?

Y le contestaron: -Ayudamos al caracol a arrancar la hoja de col, pues ha pillado un buen dolor al ir a ver por dónde sale el sol.

-Como veo que solo no podéis, yo os ayudaré.

Y el sapo agarró al escarabajo, el escarabajo agarró al caracol, y los cuatro, tira que te tirarás, tira que te tirarás, pero la hoja no se quería soltar.

Con estas pasó una ARDILLA y dijo: -¿Qué hacéis tan ajetreados?

Y le contestaron: -Ayudamos al caracol a arrancar la hoja de la col,

pues ha pillado un buen dolor al ir a ver por dónde sale el sol.  
Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.  
Y la ardilla agarró al sapo, el sapo agarró a la rana,  
la rana agarró al escarabajo, el escarabajo agarró al caracol,  
y los cinco, tira que tirarás, tira que tirarás, pero la hoja no se soltó.

Con estas pasó un CONEJO y dijo: - ¿Qué hacéis tan ajetreados?  
Y le contestaron: Ayudamos al caracol a arrancar la hoja de la col,  
pues ha pillado un buen dolor al ir a ver por dónde sale el sol.  
Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.  
Y el conejo agarró a la ardilla, la ardilla agarró al sapo,  
el sapo agarró a la rana, la rana agarró al escarabajo,  
el escarabajo agarró al caracol, y tira que tirarás, tira que tirarás  
y tanto tiraron que arrancaron la hoja de la col y con ella la col entera,  
pero del tirón todos cayeron al suelo y quedaron:

*Desmolados, Aplatados,  
Descostillados, cuellotorcidos,  
Desnarigados, Patiquebrados*

Todos, todos excepto el escarabajo que fue a pedir ayuda y la encontró.  
Pronto estuvieron todos curados, haciéndose entre ellos muy buenos amigos  
y fue también así, como el cuento se terminó.

*(Versión libre de Auria Gómez Galcerán. Se puede hacer Una versión más larga,  
añadiendo otros animales como el gato, el zorro, el perro, el lobo y el asno.)*

\* \* \*

## EL GIRASOL

### Cuento alemán

Dos gallitos paseaban por el corral. Encontraron dos semillas.

-¡Co - co - co! - dijo Cresta Dorada, - ya he comido y no quiero más.

-¡Co - co - co! - dijo Cresta Roja- yo tampoco quiero, vamos a esconderlas.

Cresta Dorada escondió su semilla en una cajita vacía. Cresta Roja hizo un hoyito al lado de la tapia y puso allí la semilla.

Apenas tapó el hoyito con tierra, empezó a llover.

-¡Co - co - co! - rió Cresta Dorada,- se mojará tu semilla.

¡Mira cómo la has escondido! Da risa.

Cresta Roja quiso responder, pero prefirió callar. Pasó el verano, llegó el otoño, crecieron los gallitos, se convirtieron en hermosos gallos.

¡Co - co - co! - gritó Cresta Dorada, - comeré mi semillita que guardé en la cajita. Lástima que es solo una, no me llenará.

También iré a comer -sonrió Cresta Roja, y se acercó a la tapia donde había enterrado la semillita.

Allí había crecido Un gran girasol y en lugar de Una, tenía muchas semillitas. - ¡Venid! - gritó Cresta Roja.

Invitó a gallinas, pollitos, patitos... convidó a todos a semillas, hubo para todos y hasta sobraron.

\* \* \*

## LA GALLINITA ROJA Y EL GRANO DE TRIGO

Cierto día en que la gallinita roja escarbaba en la era de la granja, escarbando, escarbando, encontró un grano de trigo.

¿Quién sembrará el trigo? - Preguntó la gallinita roja.

—Yo no — dijo el pato.

—Yo no — dijo el gato.

—Yo no — dijo el perro.

—Muy bien, pues lo sembraré yo - Dijo la gallinita. Y fue y lo sembró.

Al cabo de un tiempo, el trigo creció y maduró.

—¿Quién segará el trigo? —preguntó la gallinita roja.

—Yo no — dijo el pato.  
—Yo no — dijo el gato.  
—Yo no — dijo el perro.  
—Muy bien; lo segaré yo — repuso la gallinita. Y lo segó solita.

Y ahora — dijo — ¿Quién trillará el trigo?

—Yo no — dijo el pato.  
—Yo no — dijo el gato.  
—Yo no — dijo el perro.  
—Muy bien; lo trillaré yo.

Cuando lo hubo trillado, la gallinita preguntó:

— ¿Quién llevará el trigo al molino para convertirlo en harina?  
— Yo no — dijo el pato.  
— Yo no — dijo el gato.  
— Yo no — dijo el perro.  
— Muy bien; lo llevaré yo. La gallinita roja cogió el trigo y lo llevó al molino.

Cuando estuvo convertido en harina, preguntó:

— ¿Quién convertirá en pan esta harina?  
— Yo no — dijo el pato.  
— Yo no — dijo el gato.  
— Yo no — dijo el perro.  
— Muy bien; la amasaré yo — dijo la gallinita roja.

E hizo con la harina una hermosa hogaza de pan.

Después que la tuvo hecha, preguntó:

— Y ahora, ¿quién se comerá la hogaza de pan?  
— ¡Yo, yo! — dijo el pato.  
— ¡Yo, yo! — dijo el gato.  
— ¡Yo, yo! — dijo el perro.  
— Pues no os la comeréis ninguno de vosotros — repuso la gallinita  
— Me la comeré yo. —

Y llamando a sus pollitos, la compartió con ellos.

\* \* \*

## LAS TRES NARANJAS

Según un cuento italiano por Christl Florvat y Bronja Zablingen

Había una vez un príncipe muy vivo y alegre.

Cuando se hizo mayor, quiso buscarse una esposa que no hubiera nacido de una madre corriente. Pero en todo el reino no pudo encontrar ninguna que tuviera esa cualidad, así que decidió marcharse para buscarla por el mundo entero.

Se llevó únicamente tres hogazas de pan y la bendición de su anciano padre.

—En cuanto hayas encontrado a tu doncella, vuelve enseguida a casa y dímelo para que os podamos preparar la fiesta de vuestra boda —dijo el anciano rey.

Durante mucho tiempo, el príncipe estuvo caminando.

Finalmente llegó a una encrucijada y no sabía qué dirección tomar.

Allí vio sentado a un hombre anciano que apenas podía ver ni oír y que le pidió una limosna al príncipe. Éste le regaló una hogaza de pan y entonces el anciano se levantó y dijo:

—Ahora puedo yo también ayudarte a ti; dime lo que estás buscando.

El príncipe le contó su deseo y el viejo dijo:

—Ya estás en buen camino; sigue siempre derecho y llegarás a un castillo grande que está guardado por un león feroz y poderoso. Si te asalta, no tengas miedo y tírale una hogaza de pan en sus fauces y no te hará nada.

Pasa tranquilamente por delante de él, y el portal se abrirá por sí mismo.

En la sala encontrarás tres naranjas, y en cuanto abras una, saldrá de ella una hermosa doncella. Ten cuidado y dale inmediatamente un vaso de agua, porque si no, tan rápidamente como ella

orezca, se marchitará.

El hijo del rey le dio las gracias al anciano por su consejo y siguió su camino.

Llegó al castillo y el león salvaje le asaltó con un terrible rugido. Entonces el príncipe le echó su segunda hogaza de pan en sus fauces, y el león se puso pacíficamente a sus pies. El portal se abrió y el príncipe entró en la sala.

Con celeridad partió la primera naranja y de ella se elevó una criatura delicada.

Pero antes de que tuviera tiempo para buscar agua, se había marchitado tan rápidamente como había florecido.

Lleno de impaciencia abrió la segunda naranja y de nuevo floreció una bella muchacha, pero como no tuvo preparada el agua, se desvaneció como la primera.

Ahora sólo le quedaba una naranja, y el hijo del rey pensó en buscar agua para tenerla a mano antes de abrir la fruta.

Entonces vio un estanque al lado del castillo que estaba bordeado por álamos.

Allí llevó la tercera naranja, la puso junto a la orilla y la abrió.

Una doncella encantadora, más bella aún que las dos anteriores, apareció ante sus ojos. Rápidamente se inclinó y le ofreció agua del estanque.

Entonces ella se le acercó, le sonrió y le dio la mano, y dichosos pasearon a lo largo del lago. Luego el príncipe le dijo:

— Espérame aquí, mientras voy corriendo a ver a mi padre para que prepare la celebración de nuestra boda. Mientras tanto sube a este árbol y espera allí hasta que yo vuelva.

—No tardes mucho —contestó ella— me da miedo estar sola.

Subió a un álamo y se escondió entre sus ramas.

El príncipe corriendo, emprendió su camino, pero éste era largo, y cuando se hizo de noche tuvo sueño, se sentó en una piedra y se durmió.

Mientras tanto se acercó una hechicera mala, sin hacer ruido, al lado de los álamos para lavar su ropa. En el reflejo del agua vio a la muchacha sentada en las ramas.

—Baja del árbol, bella muchacha —dijo la vieja— ven, te peinaré tu cabello dorado, para que brille a la luz de la luna cuando tu príncipe venga a buscarte.

La ingenua niña bajó del árbol, y cuando el peine de la bruja tocó su pelo se transformó en una paloma blanca que voló por los aires y cantó:

*Dulce, dulce, dulce  
Encantado en círculos mágicos.  
Quedó el pájaro blanco.  
¿Dónde estará mi rey amado?  
Escucha mi canción.  
Dulce, dulce, dulce.*

Entonces la bruja subió al árbol y se acomodó en él. Más la paloma voló sobre el hijo del rey que estaba profundamente dormido y le cantó su canción en su sueño. El príncipe despertó, pero la paloma había desaparecido. Sin embargo, sentía que tenía que volver junto a su prometida, como si estuviese en peligro.

Cuando llegó al lago, se asustó al ver a la criatura extraña acurrucada entre las ramas. Ella le vociferó:

—¿Por qué tardaste tanto y me dejaste sola aquí? La niebla ha enronquecido mi voz, el viento ha enrojecido mis ojos, del-frío mi piel se ha arrugado y secado.

Tú tienes la culpa, bájame rápido, llévame a tu castillo y caliéntame.

El hijo del rey se sintió muy apenado por el triste cambio que había sufrido su hermosa prometida. Sin embargo, le dio la mano a la hechicera y tomó lentamente el camino hacia su casa.

Cuando despertó la aurora, una paloma blanca sobrevoló a los dos cantando dulcemente. La bruja, enfurecida, quiso ahuyentarla intentando pegarla, y gritó:

—¡Espanta a ese animal, no aguanto su canto!

El príncipe sintió compasión por el pajarito.

—Tendrá hambre —dijo, y tomando su última hogaza de pan, esparció las migas por el camino. Enseguida bajó el animalito para comérselas, y el príncipe acarició tiernamente su cabecita.

En este momento sintió algo duro en su mano y sacó un peine de la cabeza del pajarito. En el mismo instante desapareció la paloma, y ante él estaba su doncella tan joven y hermosa como antes. Pero la hechicera fue convertida en un pájaro nocturno que chillando voló detrás de los álamos y nunca más se la vio.

Por fin, llevó el príncipe a la bella doncella a la casa de su padre y la boda fue celebrada con todo lujo y esplendor.

\* \* \*

## CUENTO DE PENTECOSTÉS

Érase una vez un rey que tenía trece hijos.

Un día, los doce mayores partieron a buscar fortuna, pero el decimotercero se quedó en casa.

Era demasiado joven para acompañar a sus hermanos.

A lomo de doce hermosos caballos, los doce hermanos se fueron a cabalgar por el ancho mundo. Llegaron a un país que estaba cubierto por todas partes de rocas y cantos, piedras y guijarros.

Allí vieron a una anciana que estaba sentada en el suelo, frotándose las rodillas.

Pero los doce príncipes estaban tan atareados guiando a sus caballos por entre las piedras, que no tuvieron tiempo de hablar con la anciana.

Siguieron cabalgando y llegaron a un país que estaba cubierto por todas partes de estanques y charcas, pantanos y ciénagas.

Allí vieron a una anciana que estaba metida hasta la cintura en un pantano.

Pero los príncipes estaban tan atareados guiando a sus caballos por entre las aguas, que no tuvieron tiempo de hablar con la anciana.

Así pues, siguieron cabalgando, y llegaron a un país donde el viento y el aire soplaban y corrían de tal modo, que tuvieron que sujetarse los sombreros y los trajes, y hasta tuvieron que retener a sus caballos para evitar que se volaran.

Vieron a una mujer que venía precipitadamente, casi volando, con las faldas por encima de la cabeza y agarrada a un paraguas vuelto del revés.

Parecía como si en cualquier momento la anciana fuera a desaparecer en el cielo. Pero los doce príncipes estaban tan atareados guiando a sus caballos a través del viento, que no tuvieron tiempo de hablar con la anciana.

Siguieron cabalgando y llegaron por fin a un castillo.

Las paredes se desmoronaban, las piedras tambaleaban, todo el castillo parecía estar sujeto por la hiedra que lo cubría por todas partes, incluso trepaba por las ventanas. Los hermanos estaban sedientos después de tan largo viaje y fueron a sacar agua del pozo del patio.

Pero el pozo estaba seco, y no pudieron sacar ni una gota para apagar la sed. Entraron en el castillo.

Estaba muy oscuro a causa de la hiedra que cubría las ventanas, y además estaba húmedo y casi no se podía respirar. Intentaron abrir las ventanas, pero estaban roñosas y no se podían mover.

El más mayor de todos rompió un cristal, pero la contraventana se cerró de golpe y la oscuridad se hizo aún mayor.

Los príncipes entraron en el salón de los banquetes.

Había una larga mesa preparada con comida y bebida, decorada con flores blancas y doradas, y doce velas. Los platos y las copas eran de oro.

El rey del castillo estaba sentado en su trono presidiendo la mesa, y llevaba una corona de oro, pero estaba profundamente dormido.

Los príncipes intentaron despertarlo, pero no pudieron.

Todo estaba tan oscuro que casi no podían ver lo que hacían. Intentaron encender las velas, pero éstas tan sólo chispearon un poco, y se apagaron.

Entonces se sentaron a comer en la oscuridad.

Pero antes de que pudieran probar bocado empezaron a adormecerse, poco a poco, y cada vez más, hasta que quedaron profundamente dormidos.

Ahora que los doce príncipes no podían volver a casa, el hermano más pequeño acudió a su padre, el rey, y le pidió permiso para ir a buscar a sus hermanos.

Al principio el rey no quiso, porque no quería separarse del único hijo que le quedaba, pero finalmente le dio permiso.

Llegó a un país que estaba cubierto por todas partes de rocas y cantos, piedras y guijarros.

Allí vio a una anciana que estaba sentada en el suelo frotándose las rodillas.

El joven príncipe detuvo su caballo y preguntó:

—¿Puedo ayudarla?

—¡Ay! —dijo la anciana— me he caído y me he hecho daño en las rodillas.

El príncipe desmontó de su caballo inmediatamente y vendó las rodillas de la anciana.

La subió al caballo y la llevó a su casa.

Entonces la mujer le dio las gracias y dijo:

—Coge este puñado de arcilla. Con él podrás reparar cualquier piedra rota.

El príncipe guardó el bonito regalo cuidadosamente, dijo adiós a la mujer y prosiguió su camino.

Llegó entonces a un país que estaba cubierto por todas partes de estanques y charcas, pantanos y ciénagas.

Allí vio a una anciana que estaba metida hasta la cintura en un pantano.

El joven príncipe detuvo su caballo y preguntó:

—¿Puedo ayudarla?

—¡Ay! dijo la anciana— me he hundido en esta charca y no puedo salir.

El príncipe desmontó de su caballo inmediatamente, y fue chapoteando y saltando de un lado a otro hasta que llegó hasta donde estaba la anciana.

La subió sobre sus hombros y cuando la hubo dejado sana y salva, la anciana le dio las gracias y le dijo:

—Toma esta pequeña botella de agua... Con ella podrás apagar mucha sed.

El príncipe guardó cuidadosamente la botella, dijo adiós a la anciana y prosiguió su camino.

Después de mucho viajar, llegó a un país donde el viento y el aire soplaban de tal modo, que tuvo que sujetarse el sombrero y el traje, y hasta tuvo que detener a su caballo para evitar que se volara.

Vio a una mujer que venía precipitadamente, casi volando, con las faldas por encima de la cabeza y agarrada a s paraguas vuelto del revés.

El joven príncipe detuvo a su caballo y preguntó:

—¿Puedo ayudarla? —¡Ay! —dijo la anciana— no puedo detenerme.

El príncipe corrió tras ella y antes de que viniera otra ráfaga de viento, la agarró fuertemente y la dejó a cubierto en una torre cercana.

Entonces la anciana le dio las gracias y dijo:

Toma esta pequeña lámpara de aceite, su luz te permitirá ver donde quiera que estés.

El Príncipe guardo el regalo dijo adiós a la anciana y prosiguió su camino.

Finalmente llegó a un castillo, las paredes se desmoronaban, las piedras se tambaleaban, todo el castillo parecía estar sujeto a la hiedra que lo cubría por todas

partes, y que incluso trepaba por las ventanas. Entonces se acordó del regalo de la anciana y sacó el puñado de arcilla, unto un poco sobre la primera piedra e inmediatamente quedó reparada. Continúo llenando agujeros con el pedacito de arcilla hasta que todas las piedras del Castillo estuvieron fuertes y bonitas. El príncipe tenía sed y fue al pozo del patio, pero estaba seco. Entonces se acordó del pequeño regalo de la mujer y sacó la botella de agua, vertió el contenido dentro del pozo e inmediatamente empezó a salir agua y más agua, hasta que el pozo estuvo lleno, y el agua volvió a correr.

El príncipe se inclinó, bebió el agua viva y su sed se apagó.

Entonces el príncipe entró en el castillo.

Estaba húmedo y casi no se podía respirar, y además estaba oscuro a causa de la hiedra que cubría las ventanas.

Se acordó del regalo de la anciana y sacó la pequeña lámpara de aceite.

Esta brilló e iluminó su camino hasta llegar al salón de los banquetes.

Allí encontró a sus doce hermanos sentados alrededor de la mesa, profundamente dormidos, y al rey del castillo presidiendo la mesa y también profundamente dormido. Intentó despertarlos, pero no pudo; no hubo palabra ni caricia capaz de moverlos.

Entonces vió entre los platos, las copas de oro y las flores blancas y doradas, las doce velas. Con la ayuda de la lámpara de aceite el joven príncipe las encendió una a una. Y cuando hubo encendido todas las velas, las ventanas se abrieron, y a través de una de ellas entró volando una paloma blanca como la nieve que se posó en el hombro del joven príncipe.

Entonces los doce hermanos y el rey se despertaron.

Se levantaron para dar la bienvenida al decimotercer príncipe y le dieron las gracias por haberles librado de su encantamiento.

Comieron y bebieron todos juntos y los trece príncipes regresaron a casa junto a su padre, donde hubo mucha alegría.

\* \* \*

## La Cenicienta

### Un cuento de los hermanos Grimm

Érase una mujer, casada con un hombre muy rico, que enfermó, y, presintiendo su próximo fin, llamó a su única hijita y le dijo: "Hija mía, sigue siendo siempre buena y piadosa, y el buen Dios no te abandonará. Yo velaré por ti desde el cielo, y me tendrás siempre a tu lado." Y, cerrando los ojos, murió. La muchachita iba todos los días a la tumba de su madre a llorar, y siguió siendo buena y piadosa. Al llegar el invierno, la nieve cubrió de un blanco manto la sepultura, y cuando el sol de primavera la hubo derretido, el padre de la niña contrajo nuevo matrimonio.

La segunda mujer llevó a casa dos hijas, de rostro bello y blanca tez, pero negras y malvadas de corazón. Vinieron entonces días muy duros para la pobrecita huérfana. "¿Esta estúpida tiene que estar en la sala con nosotras?" decían las recién llegadas. "Si quiere comer pan, que se lo gane. ¡Fuera, a la cocina!" Le quitaron sus hermosos vestidos, le pusieron una blusa vieja y le dieron un par de zuecos para calzado: "¡Mira la orgullosa princesa, qué compuesta!" Y, burlándose de ella, la llevaron a la cocina. Allí tenía que pasar el día entero ocupada en duros trabajos. Se levantaba de madrugada, iba por agua, encendía el fuego, preparaba la comida, lavaba la ropa. Y, por añadidura, sus hermanastras la sometían a todas las mortificaciones imaginables; se burlaban de ella, le esparcían, entre la ceniza, los guisantes y las lentejas, para que tuviera que pasarse horas recogiénolas. A la noche, rendida como estaba de tanto trabajar, en vez de acostarse en una cama tenía que hacerlo en las cenizas del hogar. Y como por este motivo iba siempre polvorienta y sucia, la llamaban Cenicienta.

Un día en que el padre se disponía a ir a la feria, preguntó a sus dos hijastras qué deseaban que les trajese. "Hermosos vestidos," respondió una de ellas. "Perlas y piedras preciosas," dijo la otra. "¿Y tú, Cenicienta," preguntó, "qué quieres?" - "Padre, corta la primera ramita que toque el sombrero, cuando regreses, y traemela." Compró el hombre para sus hijastras magníficos vestidos, perlas y piedras preciosas; de vuelta, al atravesar un bosquecillo, un brote de avellano le hizo caer el sombrero, y él lo cortó y se lo llevó consigo. Llegado a casa, dio a sus hijastras lo que habían pedido, y a Cenicienta, el brote de avellano. La muchacha le dio las gracias, y se fue con la rama a la tumba de su madre, allí la plantó, regándola con sus lágrimas, y el brote creció, convirtiéndose en un hermoso árbol. Cenicienta iba allí tres veces al día,

a llorar y rezar, y siempre encontraba un pajarillo blanco posado en una rama; un pajarillo que, cuando la niña le pedía algo, se lo echaba desde arriba.

Sucedió que el Rey organizó unas fiestas, que debían durar tres días, y a las que fueron invitadas todas las doncellas bonitas del país, para que el príncipe heredero eligiese entre ellas una esposa. Al enterarse las dos hermanastras que también ellas figuraban en la lista, se pusieron muy contentas. Llamaron a Cenicienta, y le dijeron: "Péinanos, cepíllanos bien los zapatos y abróchanos las hebillas; vamos a la fiesta de palacio." Cenicienta obedeció, aunque llorando, pues también ella hubiera querido ir al baile, y, así, rogó a su madrastra que se lo permitiese. "¿Tú, la Cenicienta, cubierta de polvo y porquería, pretendes ir a la fiesta? No tienes vestido ni zapatos, ¿y quieres bailar?" Pero al insistir la muchacha en sus súplicas, la mujer le dijo, finalmente: "Te he echado un plato de lentejas en la ceniza, si las recoges en dos horas, te dejaré ir." La muchachita, saliendo por la puerta trasera, se fue al jardín y exclamó: "¡Palomitas mansas, tortolillas y avecillas todas del cielo, vengan a ayudarme a recoger lentejas!:

Las buenas, en el pucherito;  
las malas, en el buchecito."

Y acudieron a la ventana de la cocina dos palomitas blancas, luego las tortolillas y, finalmente, comparecieron, bulliciosas y presurosas, todas las avecillas del cielo y se posaron en la ceniza. Y las palomitas, bajando las cabecitas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic, y en un santiamén todos los granos buenos estuvieron en la fuente. No había transcurrido ni una hora cuando, terminado el trabajo, echaron a volar y desaparecieron. La muchacha llevó la fuente a su madrastra, contenta porque creía que la permitirían ir a la fiesta, pero la vieja le dijo: "No, Cenicienta, no tienes vestidos y no puedes bailar. Todos se burlarían de ti." Y como la pobre rompiera a llorar: "Si en una hora eres capaz de limpiar dos fuentes llenas de lentejas que echaré en la ceniza, te permitiré que vayas." Y pensaba: "Jamás podrá hacerlo." Pero cuando las lentejas estuvieron en la ceniza, la doncella salió al jardín por la puerta trasera y gritó: "¡Palomitas mansas, tortolillas y avecillas todas del cielo, vengan a ayudarme a limpiar lentejas!:

Las buenas, en el pucherito;  
las malas, en el buchecito."

Y enseguida acudieron a la ventana de la cocina dos palomitas blancas y luego las tortolillas, y, finalmente, comparecieron, bulliciosas y presurosas, todas las avecillas del cielo y se posaron en la ceniza. Y las palomitas, bajando las cabecitas, empezaron: pic, pic, pic, pic; y luego todas las demás las imitaron: pic, pic, pic, pic, echando todos

los granos buenos en las fuentes. No había transcurrido aún media hora cuando, terminada ya su tarea, emprendieron todas el vuelo. La muchacha llevó las fuentes a su madrastra, pensando que aquella vez le permitiría ir a la fiesta. Pero la mujer le dijo: "Todo es inútil; no vendrás, pues no tienes vestidos ni sabes bailar. Serías nuestra vergüenza." Y, volviéndole la espalda, partió apresuradamente con sus dos orgullosas hijas.

No habiendo ya nadie en casa, Cenicienta se encaminó a la tumba de su madre, bajo el avellano, y suplicó:

"¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,  
y échame oro y plata y más cosas!"

Y he aquí que el pájaro le echó un vestido bordado en plata y oro, y unas zapatillas con adornos de seda y plata. Se vistió a toda prisa y corrió a palacio, donde su madrastra y hermanastras no la reconocieron, y, al verla tan ricamente ataviada, la tomaron por una princesa extranjera. Ni por un momento se les ocurrió pensar en Cenicienta, a quien creían en su cocina, sucia y buscando lentejas en la ceniza. El príncipe salió a recibirla, y tomándola de la mano, bailó con ella. Y es el caso que no quiso bailar con ninguna otra ni la soltó de la mano, y cada vez que se acercaba otra muchacha a invitarlo, se negaba diciendo: "Ésta es mi pareja."

Al anoecer, Cenicienta quiso volver a su casa, y el príncipe le dijo: "Te acompañaré," deseoso de saber de dónde era la bella muchacha. Pero ella se le escapó, y se encaramó de un salto al palomar. El príncipe aguardó a que llegase su padre, y le dijo que la doncella forastera se había escondido en el palomar. Entonces pensó el viejo: ¿Será la Cenicienta? Y, pidiendo que le trajesen un hacha y un pico, se puso a derribar el palomar. Pero en su interior no había nadie. Y cuando todos llegaron a casa, encontraron a Cenicienta entre la ceniza, cubierta con sus sucias ropas, mientras un candil de aceite ardía en la chimenea; pues la muchacha se había dado buena maña en saltar por detrás del palomar y correr hasta el avellano; allí se quitó sus hermosos vestidos, y los depositó sobre la tumba, donde el pajarillo se encargó de recogerlos. Y enseguida se volvió a la cocina, vestida con su sucia batita.

Al día siguiente, a la hora de volver a empezar la fiesta, cuando los padres y las hermanastras se hubieron marchado, la muchacha se dirigió al avellano y le dijo:

"¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,  
y échame oro y plata y, más cosas!"

El pajarillo le envió un vestido mucho más espléndido aún que el de la víspera; y al presentarse ella en palacio tan magníficamente ataviada, todos los presentes se pasmaron ante su belleza. El hijo del Rey, que la había estado aguardando, la tomó inmediatamente de la mano y sólo bailó con ella. A las demás que fueron a solicitarlo, les respondía: "Ésta es mi pareja." Al anoecer, cuando la muchacha quiso retirarse, el príncipe la siguió, para ver a qué casa se dirigía; pero ella desapareció de un brinco en el jardín de detrás de la suya. Crecía en él un grande y hermoso peral, del que colgaban peras magníficas. Se subió ella a la copa con la ligereza de una ardilla, saltando entre las ramas, y el príncipe la perdió de vista. El joven aguardó la llegada del padre, y le dijo: "La joven forastera se me ha escapado; creo que se subió al peral." Pensó el padre: ¿Será la Cenicienta? Y, tomando un hacha, derribó el árbol, pero nadie apareció en la copa. Y cuando entraron en la cocina, allí estaba Cenicienta entre las cenizas, como tenía por costumbre, pues había saltado al suelo por el lado opuesto del árbol, y, después de devolver los hermosos vestidos al pájaro del avellano, volvió a ponerse su batita gris.

El tercer día, en cuanto se hubieron marchado los demás, volvió Cenicienta a la tumba de su madre y suplicó al arbolillo:

"¡Arbolito, sacude tus ramas frondosas,  
y échame oro y plata y más cosas!"

Y el pájaro le echó un vestido soberbio y brillante como jamás se viera otro en el mundo, con unos zapatitos de oro puro. Cuando se presentó a la fiesta, todos los concurrentes se quedaron boquiabiertos de admiración. El hijo del Rey bailó exclusivamente con ella, y a todas las que iban a solicitarlo les respondía: "Ésta es mi pareja."

Al anoecer se despidió Cenicienta. El hijo del Rey quiso acompañarla; pero ella se escapó con tanta rapidez, que su admirador no pudo darle alcance. Pero esta vez recurrió a una trampa: mandó embadurnar con pez las escaleras de palacio, por lo cual, al saltar la muchacha los peldaños, se le quedó la zapatilla izquierda adherida a uno de ellos. Recogió el príncipe la zapatilla, y observó que era diminuta, graciosa, y toda ella de oro. A la mañana siguiente presentóse en casa del hombre y le dijo: "Mi esposa será aquella cuyo pie se ajuste a este zapato." Las dos hermanastras se alegraron, pues ambas tenían los pies muy lindos. La mayor fue a su cuarto para probarse la zapatilla, acompañada de su madre. Pero no había modo de introducir el dedo gordo; y al ver que la zapatilla era demasiado pequeña, la madre, alargándole

un cuchillo, le dijo: "¡Córtate el dedo! Cuando seas reina, no tendrás necesidad de andar a pie." Lo hizo así la muchacha; forzó el pie en el zapato y, reprimiendo el dolor, se presentó al príncipe. Él la hizo montar en su caballo y se marchó con ella. Pero hubieron de pasar por delante de la tumba, y dos palomitas que estaban posadas en el avellano gritaron:

"Ruke di guk, ruke di guk;  
sangre hay en el zapato.  
El zapato no le va,  
La novia verdadera en casa está."

Miró el príncipe el pie y vio que de él fluía sangre. Hizo dar media vuelta al caballo y devolvió la muchacha a su madre, diciendo que no era aquella la que buscaba, y que la otra hermana tenía que probarse el zapato. Subió ésta a su habitación y, aunque los dedos le entraron holgadamente, en cambio no había manera de meter el talón. Le dijo la madre, alargándole un cuchillo: "Córtate un pedazo del talón. Cuando seas reina no tendrás necesidad de andar a pie." Cortóse la muchacha un trozo del talón, metió a la fuerza el pie en el zapato y, reprimiendo el dolor, se presentó al hijo del Rey. Montó éste en su caballo y se marchó con ella. Pero al pasar por delante del avellano, las dos palomitas posadas en una de sus ramas gritaron:

"Ruke di guk, ruke di guk;  
sangre hay en el zapato.  
El zapato no le va,  
La novia verdadera en casa está."

Miró el príncipe el pie de la muchacha y vio que la sangre manaba del zapato y había enrojecido la blanca media. Volvió grupas y llevó a su casa a la falsa novia. "Tampoco es ésta la verdadera," dijo. "¿No tienen otra hija?" - "No," respondió el hombre. Sólo de mi esposa difunta queda una Cenicienta pringosa; pero es imposible que sea la novia." Mandó el príncipe que la llamasen; pero la madrastra replicó: "¡Oh, no! ¡Va demasiado sucia! No me atrevo a presentarla." Pero como el hijo del Rey insistiera, no hubo más remedio que llamar a Cenicienta. Lavóse ella primero las manos y la cara y, entrando en la habitación, saludó al príncipe con una reverencia, y él tendió el zapato de oro. Se sentó la muchacha en un escalón, se quitó el pesado zueco y se calzó la chinela: le venía como pintada. Y cuando, al levantarse, el príncipe le miró el rostro, reconoció en el acto a la hermosa doncella que había bailado con él, y exclamó: "¡Ésta sí que es mi verdadera novia!" La madrastra y sus dos hijas palidecieron de rabia; pero el príncipe ayudó a Cenicienta a montar a caballo y marchó con ella. Y al pasar por delante del avellano, gritaron las dos palomitas blancas:

"Ruke di guk, ruke di guk;  
no tiene sangre el zapato.  
Y pequeño no le está;  
Es la novia verdadera con la que va."

Y, dicho esto, bajaron volando las dos palomitas y se posaron una en cada hombro de Cenicienta.

Al llegar el día de la boda, se presentaron las traidoras hermanas, muy zalameras, deseosas de congraciarse con Cenicienta y participar de su dicha. Pero al encaminarse el cortejo a la iglesia, yendo la mayor a la derecha de la novia y la menor a su izquierda, las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Luego, al salir, yendo la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, las mismas aves les sacaron el otro ojo. Y de este modo quedaron castigadas por su maldad, condenadas a la ceguera para todos los días de su vida.

